

**LA HIPOTESIS  
DE LA CENTRALIDAD  
SUBTERRANEA**

MICHEL MAFFESOLI

## LA NATURALEZA ESTRUCTURANTE DEL SECRETO

Una de las características más significativas de la postmodernidad es -sin lugar a dudas- la ley del secreto. En un pequeño trabajo sociológico (escrito para Cahiers Internationaux de Sociologie, vol. LXXIII, 1982, pag. 363) traté de demostrar que la mafia podía ser considerada como la metáfora de la *socialidad*. No se trataba sólo de un simple *private joke* dirigido a unos pocos. En particular, al insistir, por una parte, sobre el mecanismo de protección ante el exterior, es decir, ante las formas dominantes de poder, y al destacar, por otra, cómo el secreto que esto inducía era una forma de unir al grupo y hacerlo más fuerte. Llevando la imagen a un terreno apenas menos inmoral (pero al menos sacando partido de su inmoralidad) pudiera decirse que las pequeñas tribus que nosotros conocemos, elementos estructurantes de las masas contemporáneas, presentan características semejantes. En mi opinión, la temática del secreto es ciertamente una forma privilegiada de comprender el juego social que se desarrolla ante nuestros ojos. Esto puede parecer paradójico cuando se conoce la importancia de la apariencia o la teatralidad en la escena cotidiana. El abigarramiento de nuestras calles no debe hacernos olvidar que puede haber una sutil dialéctica entre lo que se muestra y lo que se oculta; como en "La carta robada", de Poe, una ostentación demasiado manifiesta puede ser el mejor medio para evitar ser descubierto. En este sentido, puede decirse que la variedad y agresividad de looks ciudadanos, como ocurre con el *borsalino* de los mafiosos, es el índice más claro de la vida secreta y densa de los microgrupos contemporáneos. En su artículo sobre la sociedad secreta, G. Simmel insiste sobre el papel de la máscara, cuya función -entre otras- consiste en integrar a la persona en una *arquitectura* de conjunto. La máscara puede consistir en una cabellera extravagante o coloreada, en un tatuaje original, en la reutilización de vestimenta retro o incluso en el conformismo de un estilo convencional. En todos los casos, subordina a la persona a esta sociedad secreta que es el grupo afín que ha escogido. Existe en este caso "desindividualización", participación en el sentido místico del término en un conjunto más vasto (ver M. Maffesoli, "La conquête du present. Pour une sociologie de la vie quotidienne", París, 1979; y G. Simmel, "El secreto y la sociedad secreta", Sociología, 1. Estudios sobre las formas de socialización, Madrid, 1987). Se verá más adelante cómo la máscara me convierte en un conspirador contra los poderes establecidos, pero desde ahora puede decirse que esta conspiración me une a otros, y no de una forma accidental, sino estructuralmente operante. Nunca se hará suficiente hincapié en la función unificadora del silencio, que ha podido ser interpretado por los grandes místicos como la forma por excelencia de la comunicación. A pesar de que su relación etimológica se presta a controversias, puede recordarse que existe un nexo entre el misterio, lo místico y lo mudo; este nexo corresponde a la iniciación que permite compartir un secreto. El que este último sea anodino o incluso inexistente no resulta esencial. Es suficiente que -aunque sólo de un modo fantasmático- los iniciados puedan compartir algo. Es esto lo que les confiere su fuerza y dinamiza su acción. E. Renan ha mostrado, en "Marc Aurele ou la fin du monde antique", el papel del secreto en la constitución de la red cristiana en el momento de su surgimiento: lo que no dejó de inquietar pero al mismo tiempo atraer y ha tenido su parte en el éxito que conocemos. Cada vez que se quiere instaurar, restaurar, corregir un orden de cosas o una comunidad, se cimenta sobre el secreto que fortalece la solidaridad de base. Es éste tal vez el único punto sobre el cual quienes hablan de "replegarse" sobre la vida cotidiana no se han equivocado. Pero su interpretación es errónea: el volverse a centrar en lo cercano y la participación iniciática que esto induce no son en ningún caso signos de debilidad sino, por el contrario, los índices más seguros de un acto de fundación. El silencio relativo a lo político llama al resurgimiento de la socialidad. En las antiguas socialidades el tomar los alimentos en común implicaba que se sabía guardar el secreto frente al exterior. No se habla de los "asuntos de familia", ya se trate de la familia *strictu sensu*, de la familia en un sentido más amplio o de la mafia. Tanto policías como los educadores o los periodistas se encuentran ante este secreto durante su trabajo. Es evidente que las fechorías infantiles, los crímenes rurales y demás sucesos no son en ningún caso de fácil acceso. Aunque no fuese más que de una forma alusiva, hay que señalar que existe siempre una reticencia a mostrarse ante ojos extraños; se trata de un parámetro que resulta importante integrar en nuestros análisis. De esta forma responderé, a aquellos que invalidan (aunque sólo sea semánticamente) ese "replegamiento" sobre lo cotidiano, que estamos en presencia de una *collective privacy*, de una ley no escrita, de un código de honor, de una moral de clan que de una forma casi intencional se protege contra todo lo exterior o dominante. Se trata de una actitud que no deja de ser pertinente para nuestro propósito.

En efecto, lo propio de esa actitud es el favorecer la conservación de uno mismo, un egoísmo de grupo que hace que éste pueda desarrollarse de una forma casi autónoma en el seno de la entidad más vasta. Esta autonomía, a diferencia de la lógica política, no se hace pro o contra, se sitúa deliberadamente al margen. Esto se expresa mediante un rechazo del enfrentamiento, mediante una saturación del activismo, una distancia respecto al militantismo; todas ellas son cosas que se pueden constatar en la actitud general de las jóvenes generaciones ante lo político, y que volvemos a encontrar en el seno de los últimos movimientos nacidos dentro de la corriente de la liberación, los movimientos feministas, homosexuales o ecológicos. Muchos son los que califican esto de compromiso, de degeneración o hipocresía. Como siempre, el juicio normativo resulta de escaso interés; aplicado a esta cuestión, no permite captar la vitalidad existente en estos modos de vida "por evitamiento". De hecho, este "evitamiento", este relativismo, pueden ser tácticas que aseguran la única cosa de la cual la masa se siente responsable: la perdurabilidad de los grupos que la constituyen.

## LA RESISTENCIA "SECRETA"

De hecho, el secreto es forma paroxística de la actitud de reserva popular cuya continuidad socioantropológica ya he señalado (M.Maffesoli, op, cit.). Como "forma" social (no hablo de sus actualizaciones particulares, que pueden ser exactamente lo opuesto), la sociedad secreta permite la resistencia. Mientras que el poder tiende a la centralización, a la especialización, a la constitución de una sociedad y un saber universal, la sociedad secreta se sitúa siempre al margen, es decididamente laica, descentralizada y no puede poseer un cuerpo de doctrinas dogmáticas e intangibles. Sobre esta base la resistencia derivada de la reserva popular puede continuarse, en forma invariable, a lo largo de los siglos. De todo ello encontramos ejemplos históricos precisos. El taoísmo (véase Karl Schipper, "Le corps taoïste", París, 1982) muestra el vínculo existente entre estos tres términos: "secreto", "popular", "resistencia". Además, resulta que la forma de organización de esta conjunción es la red, causa y efecto de una economía, de una sociedad, incluso de una administración paralela. Por tanto existe en este caso una fecundidad propia que merece atención, incluso si no se expresa a través de las categorías a las cuales nos había acostumbrado la politología moderna. Se trata de una pista de investigación que puede estar llena de enseñanza pese (y debido) a que sólo en muy pocos casos es abordada. Propongo llamarla "hipótesis de la centralidad subterránea": a veces el secreto puede ser la forma de establecer el contacto con la alteridad en el marco de un grupo limitado; al mismo tiempo, condiciona la actitud de este último ante el exterior, sea cual fuera. Esta hipótesis es la de la socialidad; sus expresiones pueden estar ciertamente muy diferenciadas, pero su lógica es constante: el hecho de compartir un hábito, una ideología, un ideal, determina el ser conjunto y permite que éste sea una protección contra la imposición, venga de donde venga. Al contrario de una moral impuesta desde el exterior, la ética del secreto es a la vez federativa e igualadora. Al hablar de una sociedad de homosexuales en Berlín, el férreo canciller Bismarck no deja de constatar este efecto "igualador de la práctica colectiva de lo prohibido" (cf. las memorias de Bismarck citadas por G. Simmel, loc. cit.). Por aquel entonces, la homosexualidad no era una moda, ni tampoco una igualdad, y cuando se conoce el sentido de las distancias sociales que poseían los *junkers* prusianos, se puede apreciar mejor, en el sentido que acabo de indicar, la naturaleza y la función del secreto en esta sociedad de homosexuales.

La confianza que se establece entre los miembros del grupo se expresa mediante rituales, signos de reconocimiento específicos que no tienen otro objetivo más que fortalecer al pequeño grupo frente al gran grupo. Siempre ese doble movimiento formulado anteriormente, de la criptolalia culta al *verlán* (lenguaje que invierte las palabras) de nuestros *loubards*, el mecanismo es idéntico: compartir en secreto el afecto a la vez que se refuerzan los vínculos cercanos permite resistir a las tentativas de uniformización. La referencia al ritual destaca que la calidad esencial de la resistencia de los grupos y de la masa reside más en la astucia que en el ataque. Desde ahora puede expresarse a través de prácticas consideradas como alienada o alienantes. Eterna ambigüedad de la debilidad, que puede ser la máscara de una fuerza innegable. Así ocurre con la mujer sumisa que no tiene por qué ostentar los signos externos del poder, segura como está de ser un verdadero tirano doméstico. O incluso, tal como analiza E. Canetti a propósito de Kafka en "La conciencia de las palabras", una humillación aparente asegura en cambio una fuerza real a aquél que se somete a ella. En su combate contra las concepciones conyugales de Felice, Kafka practica una obediencia inoportuna. Su mutismo, su gusto por el secreto "deben ser considerados como ejercicios necesarios en su obstinación". Se trata en este caso de un procedimiento que se encuentra en la práctica de grupos. La astucia, el silencio, la abstención, la *debilidad* de lo social son armas temibles de las que debemos desconfiar. Lo mismo ocurre con la ironía y la risa, que han desestabilizado, a medio plazo o a la larga, las opresiones más sólidas.

La resistencia adopta un perfil bajo respecto a las exigencias de una batalla frontal, pero tiene la ventaja de favorecer la complicidad entre quienes la practican, y esto es lo esencial. El combate tiene siempre lugar más allá de sí mismo, más allá de aquellos que participan en él, siempre hay un objetivo que lograr. Por el contrario las *prácticas silenciosas* son ante todo orgánicas; es decir, el enemigo tiene menos importancia que el vínculo social que se deriva de ellas. En el primer caso estamos en presencia de una historia que se realiza, solitariamente o en asociación contractual; en el segundo estamos ante un destino que se afronta en forma colectiva, aunque no sea más que debido a las circunstancias. En este último caso, la solidaridad no es una abstracción, o el fruto de un cálculo racional, es una necesidad imperiosa de actuar en forma pasional. Un trabajo arduo que suscita la obstinación y la astucia de que hemos hablado ya que, al no tener objetivo particular alguno, el pueblo tiene uno solo esencial, que es el de asegurar a largo plazo la supervivencia de la especie. Por supuesto, este instinto de conservación no es algo consciente, luego no implica una acción o una determinación racionales. Pero para que este instinto sea más eficaz, debe ejercerse sobre lo más cercano. Es esto lo que justifica el vínculo que postulo entre los pequeños grupos y la masa. Igualmente, esto es lo que hace, que lo que se llama "modos de vida", pertenecientes al orden de la proxémica, tengan la actualidad que conocemos.

## LA COMUNIDAD TRIBAL

Será necesario volver a ello de una forma más precisa, pero ya es posible señalar que la conjunción "conservación del grupo-solidaridad-proximidad" encuentra una expresión privilegiada en la noción de familia, que naturalmente debe ser comprendida en su sentido más amplio. Resulta sorprendente constatar que esta constante antropológica no deja de ser eficaz, incluso si los historiadores o los analistas sociales olvidan con demasiada frecuencia el señalarlo. Pues desde las ciudades de la Antigüedad hasta las urbes modernas, la "familia" concebida de esta forma tiene por objeto proteger, limitar la invasión del poder dominante, servir de muralla contra el exterior. Toda la temática de los *padroni*, del clientelismo y de las diversas formas de mafia tienen su origen en ello. Para volver al período de la Antigüedad tardía, tan pertinente para nuestros propósitos, se puede destacar

que San Agustín concibió su función de obispo en este sentido: la comunidad cristiana es la *famiglia Dei*. En parte, la extensión de la iglesia en sus inicios busca la calidad de sus patronos y de sus redes de solidaridad que supieron proteger contra las exacciones del Estado (cfr. en este sentido P. Brown, "La vie de Saint Augustin", París, 1971).

Pero si esta estructuración social está particularmente bien representada en la región mediterránea, si adquiere aquí formas de paroxismo, en ningún caso está limitada. Hay que afirmar enérgicamente que incluso si se encuentran moderadas por la búsqueda de objetividad, las estructuraciones sociales a las que se hace referencia en las historias, hasta las más contemporáneas o racionales, presentan los mecanismos de afinidad que acabamos de mencionar. El familiarismo y el nepotismo, en sentido estricto o metafórico, encuentran allí su lugar, no han cesado, a través de los "cuerpos", de las escuelas, de los gustos sexuales y de las ideologías, de recrear nichos protectores, territorios particulares en el seno de los grandes conjuntos políticos, administrativos, económicos o sindicales. La eterna historia de la comunidad o de la "parroquia" que no osan confesarse. Naturalmente, para lograrlo no se escatiman los medios, aunque sean los menos honorables. Diversas encuestas han demostrado la existencia del procedimiento informal del "enchufe" en favor de la "familia". Tanto los altos cuadros de las Grandes Ecoles de París como los cargadores de muelle en Manchester utilizan la vía sindical, la ayuda mutua es la misma y, en el caso que nos ocupa, expresa un mecanismo de astucia que refuerza una socialidad específica.

Sería interesante hacer destacar este "ilegalismo" existente en el seno de las capas sociales que pretenden ser fiadoras de la más pura moralidad: altos funcionarios del Estado, grandes intelectuales, periodistas de opinión y demás grandes conciencias. Es suficiente señalar que no hay "justos" ante los ojos de lo Universal, lo mejor es no hacerse ilusiones al respecto. Ciertamente se trata de algo positivo ya que, después de todo, por poco que se equilibren estos diversos ilegalismos, tal como en la guerra de los dioses que agradaba a Max Weber, se relativizan y se neutralizan. Retornando una expresión de Montherlant puede decirse que hay siempre "una cierta moral que el clan se ha forjado para sí mismo" y que tiene como corolario la indiferencia ante la moral en general (cfr. H. de Montherlant y R. Peyrefitte, Correspondance, París, 1983).

La reflexión sobre el secreto y sus efectos, aunque sean anómicos, conduce a dos conclusiones que pueden parecer paradójicas: por una parte asistimos a la saturación del principio de individuación, con las consecuencias económicas que esto conlleva, y por otra parte podemos ver cómo se perfila un desarrollo de la comunicación. En este proceso el que puede hacer decir que la multiplicación de los microgrupos es solamente comprensible en un contexto orgánico. Tribalismo y masificación van a la par. Al mismo tiempo, en la esfera de la proximidad tribal, así como en la correspondiente a la masa orgánica, se recurre cada vez más a la "máscara" (en el sentido indicado anteriormente). Cuanto más se avanza enmascarado más se refuerza el vínculo comunitario. En efecto, en un proceso circular, para reconocerse hacen falta símbolos, es decir duplicidad, y son éstos los que engendran el reconocimiento. Es de esta forma como se puede explicar, según mi punto de vista, el desarrollo del simbolismo, bajo sus diversas modulaciones, que se puede observar actualmente.

Lo social descansa en la asociación racional de individuos que tienen una identidad precisa y una existencia autónoma; la socialidad se basa en la ambigüedad fundamental de la estructuración simbólica.

Continuando nuestro análisis, podemos decir que la autonomía que ya no corresponde al individuo va a desplazarse hacia la "tribu", el pequeño grupo comunitario. Numerosos analistas políticos constatan esta autonomización galopante (con inquietud en la mayoría de los casos). En este sentido, el secreto puede ser considerado como una herramienta metodológica para la comprensión de las formas de vida contemporáneas, ya que retornando una fórmula lapidaria de Simmel, "la esencia de la sociedad secreta es la autonomía" que considera cercana a la anarquía (cfr. G. Simmel, loc.cit). Respecto a ello es suficiente recordar que, ante todo, la anarquía busca "un orden sin Estado". Esto es en cierta medida lo que se perfila en la arquitectura que se observa en el interior de los microgrupos (tribalismo), y entre los diversos grupos que ocupan el espacio urbano de nuestras megalópolis (masa).

Como conclusión podemos afirmar que el "desorden", o quizá sea preferible hablar de falta de reglamentación, introducido por el tribalismo y la masificación, el secreto y el *clientelismo* inducidos por este proceso, todo ello no puede ser considerado ni como algo totalmente nuevo, ni de una forma puramente negativa. Por una parte, se trata de un fenómeno que se encuentra frecuentemente en las historias humanas, en particular en los períodos de cambio cultural (resulta interesante en este sentido el ejemplo de la Antigüedad tardía; cfr. P. Brown, *La société et le sacré dans l'Antiquité tardive*, París, 1985). Por otra parte, al romper la relación unilateral con el poder central o con sus delegados locales, la masa, a través de sus grupos, va a desempeñar una función de competencia y de reversibilidad: competencia entre los grupos, y en el interior de los mismos competencia entre los diversos patronos. Es este politeísmo el que puede hacer decir que la masa es mucho menos involutiva que dinámica. En efecto, el hecho de aislarse, tal como se puede observar en las redes sociales, no implica el fin de ser conjunto, sino que simplemente éste se concentra en algo diferente de las formas reconocidas por la legalidad institucional. El único problema serio es el umbral a partir del cual la abstención, el hecho de formar "banda aparte", provoca la implosión de una sociedad determinada. Se trata de un fenómeno que ya se ha podido constatar y que por tanto no causará asombro al sociólogo que, más allá de sus preferencias, sus convicciones o incluso de sus nostalgias, esté ante todo atento a lo que está naciendo.

Tomado de: Revista de Occidente. Junio 1987. N° 73. Madrid, España.

Traducción de Faustino Fernández Inclán.